

Introducción

MATTHEW SPENDER

Poco antes de las navidades de 1935, Christopher Isherwood y su amigo Heinz Neddermayer, junto con Stephen Spender y su amigo Tony Hyndman, viajaron de Ámsterdam a Lisboa para alquilar una casa en las afueras de Sintra, la antigua capital de Portugal. Los dos escritores querían irse de Inglaterra y encontrar un lugar alejado de los circuitos habituales en el cual poder trabajar. Tenían la esperanza de que ahí se les unieran otros amigos: Brian Howard, que no llegó a hacerlo, y Wystan Hugh Auden, que sí lo hizo. Es más, buscaban una casa grande para comprarla y vivir todos juntos para siempre, pero esta fantasía no sobrevivió a las rencillas que muy pronto surgieron en el seno del grupo.

Sintra era un lugar de recuerdos ligados a antiguas figuras literarias que habían llegado ahí huyendo de las convenciones. Después de que un escándalo homosexual lo obligara a abandonar Inglaterra, el libertino del siglo XVIII William Beckford compró una villa en la que creó un gran jardín. Veinte años más tarde, Byron la visitó y compuso en ella algunas de las estrofas de *Childe Harold*. Sir Francis Cook, el excéntrico millonario del sector textil, además de coleccionista, fue propietario de una extensa finca en las afueras de la ciudad. Su mujer, la formidable Tennessee Celeste Claffin, era feminista, corredora de bolsa y vidente, y puede que su presencia influenciara a las ancianas del lugar, que parecían compartir su obsesión por el espiritismo.

En el ocaso del Imperio británico, Sintra se empleaba a fondo por resplandecer. Quienes vivían ahí todo el año invitaban a amigos y familiares durante la *Season*. Había campeonatos de *bridge*, conciertos benéficos para la iglesia anglicana local y distinguidos militares que llegaban al hotel en busca de entretenimiento. Se organizaban torneos en el club de golf y multitud de espectáculos de aficionados. Fuera de temporada, la gente viajaba a Inglaterra o, como en el caso de lady Carrick, hacia las zonas periféricas del Imperio, donde vivían muchos de sus amigos. Un largo poema de Juliet Ogilvie, amiga de la anterior, termina así:

Hotel, casino, villas, ¿estáis ahí?
El sonido de las risas viene y va.
Regresar quisiera a Estoril,
en la marea que viene y va.¹

Los ecos nostálgicos sobreviven hasta hoy. En 2009, cuando visité Alecrim do Norte, la casa que habían alquilado, mi llegada coincidió con un té destinado a recaudar fondos para la perrera local. Pensé que bien podría haber sido uno de los actos de la comunidad inglesa de los años treinta.

El *Diario de Sintra* fue escrito a modo de divertimento común. Se trata de una lectura ligera, pero a uno le queda la fuerte sensación de que el texto esconde varios dramas ocultos, silenciados bajo el velo de las buenas maneras. Entre Heinz y Tony existían tensiones, y si Chris y Stephen les hubieran tomado seriamente, habrían podido dañar su amistad.

1 *Anglo-Portuguese News*, nº 32, mayo de 1938, p. 2.

Los portugueses eran graciosos, pues en Inglaterra rige una tradición según la cual todos los extranjeros lo son. Nuestros autores lo eran también a ojos de sí mismos: basta citar la escena en que Humphrey, el hermano de Stephen, se afeita la cabeza con la esperanza de que el pelo crezca más espeso.

Los residentes británicos lo tenían todo para ser figuras absurdas, pero su comicidad disminuyó tras el estallido de la guerra civil española. Muchos de ellos decidieron apoyar a Franco, probablemente porque creían que una alianza con Hitler contra Stalin era el mejor modo de salvar el Imperio. Su lema era: «Lo que sea antes que el bolchevismo». Para entonces, Stephen ya se había ido de Sintra, pero Christopher observaba a sus compatriotas, perplejo al principio, luego con horror. ¿Eran ellos «el enemigo»? Resulta difícil saber si su fascismo aparente iba en serio o si no era más que la manifestación de su inseguridad. En el fondo, nadie podía creer que Hitler fuera digno de confianza, ¿o no? Al iniciarse la guerra, esta opinión quedó olvidada y todo el mundo se comportó de manera espléndida, pero bajo el humor del diario acecha un sombrío choque de ideologías.

Stephen escribía para divertir a Christopher, y este para entretenerse. Él era un novelista, y aunque aquello no fuera más que un diario, en él describía las cosas como si formaran parte de una obra de ficción. En *Isherwood*, «la distinción entre invención y autobiografía es sobre todo un problema de técnica».² Stephen lo sabía. A menudo añade delicados toques a la visión colorida que Christopher da de sus discusiones con el objeto de otorgar a las cosas un cariz más prosaico. Encontramos un ejemplo de esta tendencia a convertirlo todo en melodrama cuando

² Brian Finney, *Christopher Isherwood: A Critical Biography*, Londres, Faber and Faber, 1979, p. 130.

en el diario se habla del episodio en que Heinz ha sido cruel con el perro, lo cual provoca un arrebato de ira por parte de Stephen, quien anuncia su decisión de marcharse de inmediato. Sin embargo, por las cartas de este a su abuela, sabemos que su partida estaba programada desde principios de marzo.

Los residentes ingleses, presentados aquí de manera grotesca, no eran tan filisteos como el *Diario de Sintra* da a entender. Durante la guerra, Mary Norton comenzó a escribir unos libros para niños que rápidamente se convirtieron en clásicos. Norton vivía en Nueva York sin dinero, su marido estaba en la Armada, y ella se ocupaba personalmente de sus hijos dado que no había niñeras disponibles. Tiene gracia pensar que, a fecha de hoy, sus libros sobre los Incursores deben de haber vendido más ejemplares que todas las obras de Auden, Isherwood y Spender juntas. Isobel Strachey, de voz penetrante, esposa del desmejorado artista John Strachey, escribió ocho novelas. Puede que nadie las recuerde, pero se publicaron. El profesor de arte local, Arthur Romilly Fedden, escribió dos libros, uno de los cuales todavía puede encontrarse. Su mujer, Katherine, firmó ocho novelas y tradujo a varios autores franceses. Aquellos a quienes Christopher ponía en la picota eran a menudo escritores que, al igual que él, lo hacían lo mejor que podían.

Christopher y Stephen tenían problemas con su obra. El primero forcejeaba con *Paul is Alone*, novela abandonada a medias durante la estancia en Sintra. Había retomado una serie de bosquejos autobiográficos, uno de los cuales, «In the Nursery», acabó revelándose igual de difícil, hasta el punto de quedar también inacabado. Desesperado, Isherwood se dedicó a las historias berlinesas, para las que disponía de páginas y páginas de diario y vivos recuerdos. Dos años después le darían fama, tanta que

durante décadas esas páginas han dejado a la sombra el resto de su producción. Entretanto, Stephen trabajaba en *Forward from Liberalism* y *Trial of a Judge*, dos textos sobre el ascenso de Hitler y la necesidad de reforzar los principios liberales. En ellos trataba de argumentar que para combatir el nazismo se necesitaría una alianza con el comunismo, si bien para él era imposible acatar la línea del partido. Más tarde, dos días después de que Stephen y Tony se marcharan de Sintra, apareció Auden; él e Isherwood escribieron *El ascenso del F6* en el breve plazo de apenas un mes.

Auden, Spender e Isherwood pertenecen al núcleo principal de los «escritores de los años treinta», aunque fueron pocas las veces que pasaron largo tiempo juntos. La relación principal era entre Auden e Isherwood. El primero le había presentado a Stephen al segundo en sus habitaciones de Christ Church siete años antes, siendo estudiante de primer año. La escena había sido preparada meticulosamente. Auden estaba leyendo unos versos en voz alta cuando el otro entró; Isherwood escuchaba. «La gaviota congelada que se despeña en el vertedero», decía Auden con clara voz «objetiva»; a lo que Christopher comentó: «Me suena a frigorífico». Aceptando el juicio sin rechistar, Auden tachó el verso.³ «Tan perezoso como prolífico, aceptaba sin vacilar cualquier sugerencia que me tomara la molestia de hacerle.»⁴

Fue gracias a esta actitud de Auden que Spender aceptó de inmediato el papel de Isherwood como árbitro literario. Un par de años después, se reunió con Christopher en Berlín y se

3 Stephen Spender, *Un mundo dentro del mundo*, trad. de Ana Poljak, Barcelona, Muchnik, 1993, p. 153. El verso en cuestión aparece en dos poemas juveniles de Auden; véase *Juvenilia*, ed. de Kate Bucknell, Princeton University Press, 2003, pp. 172 y 206 y nota en la p. 114.

4 Christopher Isherwood, *Lions and Shadows. An Education in the Twenties*, Londres, Vintage, 2000.

esforzó al máximo por aprender de él hasta qué punto se solapaban la vida y el arte. «Era mi gran admiración por él, la diversión infinita de su conversación y de sus puestas en escena, lo que me retenía en Berlín y me sumía en un estado mental en el que no me preguntaba si me habría apetecido estar en otro lugar. Cuando al fin dio señales de haberse hartado de mi compañía, me marché para no volver más.»⁵ Es decir, que fue Isherwood quien decidió que había tenido suficiente. «Ser el punto de referencia de Stephen era tan pesado como recibir el abrazo de un enorme oso.»⁶ O, en palabras de este último: «su paciencia por mi adoración del héroe, combinada con mi egoísmo, se debilitó».

Stephen dejó Berlín y envió cartas furibundas desde Londres, pero a esas alturas ya se conocían demasiado como para que su amistad se rompiera. Como diría el propio Christopher, algo humorísticamente, un par de años después en Sintra: «Stephen, para entonces, sabía demasiado de mí y yo de él: así pues, seamos cautos».⁷ Por otro lado, era «solo con él que tenía defectos en común, lo cual, cuando no nos instigaba a competir, creaba una intimidación especial».

En Sintra los problemas salieron a la luz. El primero tenía que ver con sus respectivas actitudes hacia Inglaterra. El segundo, con el trato que cada uno de ellos dispensaba a Tony y Heinz.

Ambos escritores habían huido de las complicaciones de la vida familiar y de la claustrofobia de vivir como homosexuales en un país donde la homosexualidad era ilegal. En su fuero interno, también los enfurecía la estupidez del *establishment*, que

5 Stephen Spender, *European Witness*, Londres, Hamish Hamilton, 1946, p. 231.

6 Christopher Isherwood, *Lions and Shadows*.

7 Christopher Isherwood, «Diario inédito», 20 de agosto de 1938, The Henry E. Huntington Library, San Marino, California.

había tenido la culpa de la Primera Guerra Mundial. Comparían ansias por el pasado y el futuro, y temían el choque inminente con Alemania, del que los ingleses parecían felizmente inconscientes. Pese a todo, Auden e Isherwood nunca fueron tan británicos como en su frustración por serlo. *The Memorial, All the Conspirators, Lions and Shadows, El perro bajo la piel* y *El ascenso del F6* están construidas a partir de una inglesidad especialmente sentida: toda una serie de ferias de pueblo y fiestas en la vicaría. Justamente el mundo del que ambos autores trataban de escapar.

Mientras, la vida literaria londinense comenzaba a poner trampas a los escritores emergentes. Daba cierta claustrofobia leer las hostiles críticas de los colegas de quienes habían esperado un apoyo. La cómica diatriba de Stephen con Geoffrey Grigson y la tenia es un buen ejemplo. Luego estaba la distracción de escribir reseñas: hacer malas críticas dejaba un gusto amargo en la boca. Al fin, cuando su reputación se hubo consolidado, llegó la tentación de integrarse en el *establishment* que tanto detestaban. Todo esto llegó a su punto de ruptura en Sintra. A propósito del texto teatral que habían escrito juntos, dijo Auden: «*F6* era el final, Sabía, cuando la escribí, que tenía que salir de Inglaterra [...], sabía que si me quedaba, me convertiría en parte del *establishment*».⁸

En el diario privado que escribió en Sintra, en paralelo al diario común, Christopher se percata de repente de que su actitud hacia la patria es distinta de la de Stephen: «Estamos divididos por la secreta conciencia mutua de nuestras intenciones: si las cosas se ponen feas, él quiere regresar a Inglaterra; yo no».⁹

8 Wystan Hugh Auden en una entrevista de 1963, citado en Humphrey Carpenter, *W. H. Auden. A Biography*, Londres, Faber and Faber, 2013, p. 195.

9 Christopher Isherwood, «Diario inédito», 3 de enero de 1938.

El odio de Christopher hacia Inglaterra se hizo más profundo a medida que avanzaban los años treinta. El mismo inglés mentecato que en Sintra dice que Hitler es un gran tipo porque envía a los jóvenes sin trabajo al campo a tomar aire fresco resulta tener prejuicios contra los homosexuales.

El problema se presentó en un par de ocasiones en Sintra, como demuestra el diario privado de Christopher. En la página 197, el señor Mitchell pregunta por qué Heinz no puede volver a Alemania e ingresar en el ejército. En la página 204, cuando Christopher esconde a Heinz en casa del señor Loweth para que no lo encuentren los enviados del consulado alemán, su anfitrión insiste en que se vaya al cabo de un par de días.

La segunda diferencia entre Christopher y Stephen en relación con sus compañeros gira en torno al hecho de que por entonces los homosexuales ingleses de clase media tenían problemas para establecer relaciones con hombres de su mismo grupo social. Desde este punto de vista, el *Diario de Sintra* es un singular «documento histórico». Cuarenta años antes, a Oscar Wilde nunca se le habría ocurrido convivir con ninguno de los muchachos a los que tomaba como amantes. Cuarenta años después, en tiempos de Joe Orton y Francis Bacon, pese a la pervivencia de ciertas tensiones de clase, se habría considerado «inmoral» que una pareja se dejase influenciar por sus propios prejuicios sociales.

La inhibición física, uno de los efectos colaterales de la famosa educación de los internados, quería decir que en los años treinta las clases trabajadoras eran vistas como los guardianes de un profundo secreto erótico. En distintos momentos, nuestros tres escritores hacen extrañas observaciones al respecto. Preguntado sobre este asunto, Auden opina que los obreros estaban

obligados a la *performance* sexual: «Aquí [en Estados Unidos] no hay una tradición feudal como ocurre en Europa. Yo pienso que si le pido a un miembro de una clase inferior que se vaya a la cama conmigo, este tiene el deber de hacerlo».¹⁰ Cosa absurda, y Wystan lo sabía muy bien, pero disfrutaba diciendo barbaridades e incluso se las creía. De forma similar, en su autobiografía *Un mundo dentro del mundo*, Stephen sugiere que la «otredad» de los obreros constituía un tercer tipo de sexo: «Las diferencias de clase e intereses que había entre [Tony] y yo sin duda habían aportado un elemento de misterio, casi equivalente a una diferencia de sexo».¹¹ Tony se habría reído de esto, y sin duda la observación tiene un toque de autoparodia, pero es también un intento de esclarecer una diferencia real. A todo esto, Humphrey presenta así la relación de Christopher con Heinz en Sintra: «C. no se esfuerza por integrarlo en la conversación, sino que lo trata como un perro al que quiere, pero que debe quedarse junto al fuego y no dar problemas» (p. 119).

¿Cómo podía conquistarse la igualdad? Las opciones solo eran dos: el inferior debía elevarse o el superior rebajarse. Y en esto, Stephen y Christopher eran distintos desde el punto de vista ideológico, cada cual con una postura propia.

Stephen pensaba que Tony, al que en *Un mundo dentro del mundo* llama Jimmy Younger, podía «mejorar». Lo veía como un muchacho inteligente que, por falta de una buena educación, no había conseguido desarrollar todo su potencial. Le daba libros para que leyera, escuchaba sus opiniones y, en Sintra, se negaba a sentir vergüenza cuando las opiniones de Tony parecían

10 Auden a Ansen, 10 de diciembre de 1947, en *The Table Talk of W. H. Auden*, ed. de Nicholas Jenkins, Nueva York, Sea Cliff Press, 1989.

11 Stephen Spender, *Un mundo dentro del mundo*, p. 260.

pretenciosas. Tenía el mismo derecho que los demás a contribuir al diario común y sus notas estaban casi (aunque no del todo) a la par con las de los escritores profesionales. Todo esto lo observa, entre divertido y algo celoso, Humphrey, cuya timidez le impedía participar en las conversaciones, marcadas por el brío inquebrantable de Tony.

Este último logró sacar provecho de la ayuda de Stephen. Más tarde, al entrar en las Brigadas Internacionales, escribió un poema, «Jarama Front», muy sentido y digno aún hoy de ser publicado.¹² Sin embargo, la «mejoría» tenía un límite. Tony carecía de la paciencia necesaria para llevar una vida de escritor. Como dijo de él Cuthbert Worsley, mordaz pero certero: «Tenía que dedicarse al puterío, poseía todas las cualidades de una cortesana de altos vuelos o de una fulana. En primer lugar, la falta de sentimiento de culpa; después, la capacidad de apreciar todo cuanto se hacía por él, y una fe pura en el valor absoluto del placer. [...] Nada puede esperarse de tales personajes, y tanto menos esa cosa que produce sentimiento de culpa llamada lealtad». Worsley, entre otros, había tenido una historia con Tony después de que este se separara de Stephen. Como Christopher, estaba en contra de la idea de cambiarlo, y no porque pensase que la idea de «mejorarlo» fuese en sí un error, sino porque creía que de ese modo podía contaminar su «inmediatez de reacción».¹³

En Sintra, Christopher piensa que toda tentativa de «mejorar» a Tony es producto de la «hipocresía». Para él, toda acción de este tipo denota «complacencia»: «Sea como fuere, Tony es

12 *Poems from Spain: British and Irish International Brigaders on the Spanish Civil War*, ed. de Jim Jump, Londres, Lawrence and Wishart, 2006.

13 Cuthbert Worsley, *Fellow Travellers*, Londres, Gay Men's Press, 1984, pp. 67-68 (en la novela recibe el nombre de «Harry»).

un presuntuoso nato. Lo lleva escrito en su amanerada boca de conejo y su nuca espesa e inflamada».¹⁴ Alguien así es una persona que adopta un tono de superioridad moral y lo impone a los demás: algo de lo que en ocasiones Christopher acusaba a Stephen. Para él, «mejorar» quería decir que tanto él como su compañero poseían los mismos defectos.

Cuando Heinz, a quien todos consideraban amante de los animales, se porta de forma cruel con el perro, Stephen pierde el control y monta un número. «Era incapaz, como lo soy ahora, de no pensar que toda esta historia de la protección de los animales por parte de Stephen, que conoce muy bien a Heinz, sea una hipocresía de la peor especie» (p. 142). Heinz era un chico de la calle que se había juntado con Christopher cuando tenía diecisiete años. Stephen sabía muy bien cómo era porque había visto a muchos jóvenes como él cuando vivía en Berlín. Isherwood pensaba que los hechos deben respetarse, no solo por una cuestión de principios, sino porque el deber del escritor es ver el mundo tal y como es: con frialdad y sin emitir juicios.

Esto no impedía que se sintiera incómodo cuando salía a relucir la visión moral de su amigo. Después de la visita de este último en Bruselas un par de meses antes de partir para Sintra, escribe Isherwood: «Su visita es como un recuerdo de mi vida anterior: los tiempos en que de verdad me importaban la poesía, los cuadros y la música. Cuando estoy con él, pienso que soy el mismo de siempre, pero mi cabeza no es más que una caracola en la que rugen las olas».¹⁵

14 Christopher Isherwood, «Diario inédito», 2 de marzo de 1936. También en *Kathleen & Christopher. Christopher Isherwood's Letters to His Mother*, ed. de Lisa Colletta, Minneapolis, University of Minnesota, 2005.

15 Christopher Isherwood, «Diario inédito», 1 de septiembre de 1935.

Isherwood dejó a medias *Paul is Alone* porque requería un exceso de inventiva. Era el momento de dejar atrás todo cuanto pareciera demasiado complicado o «cultural». ¡Los conciertos de música clásica y los museos constituían un obstáculo! Quería mirar la vida a la cara. Él mismo dejó dicho que, si bien las historias de Berlín no eran el no va más, por lo menos no eran «artísticas».

Desde el punto de vista de Isherwood, el problema era el siguiente: si uno rehúye el museo y la sala de conciertos, ¿pierde su identidad como autor? Si se pone a la altura de su «chico», ¿pone en peligro su habilidad profesional?

Dos años después de Sintra, con Heinz de vuelta en Alemania y perdido para siempre, Christopher cayó en una depresión durante la cual volvió a aflorar esta cuestión. Un día especialmente duro, escribe en su diario una lista de amigos, a los que liquida uno a uno hasta llegar a Heinz: «Me conocía mejor que nadie. Pertenece a una categoría distinta. Conocía mis debilidades, mis miedos, mis mezquindades, los engaños que yo mismo me tendía: todo. Por eso lo amaba totalmente, yo estaba indefenso, era casi abyecto. Lo amaba y lo amo aún, como si se hubiera marchado solo por este fin de semana».

El concepto clave aquí es «casi abyecto». Christopher sabía que debía abandonar una parte de sí para descender al nivel de Heinz.

La solución de Isherwood a este problema, tanteada por primera vez en *El señor Norris cambia de tren*, consistía en escindir-se en distintas identidades, cada una de las cuales podía contemplar a las otras desde su propio plano moral. El método aparece también en su autobiografía, *Christopher y su gente*, donde se plasman dos identidades: la del yo del autor que escribe sobre el

protagonista en tercera persona, que a su vez es el escritor pero con distintos ropajes.

El empleo del yo dividido no era un instrumento literario. Era una convicción personal a la que Isherwood le resultaba difícil enfrentarse. Era casi una visión mística que con el tiempo se vería cumplida gracias a su interés posterior por las religiones orientales. Así, en el diario de 1938 leemos: «En el viaje a China, Wystan y yo hemos discutido mucho sobre la cuestión de la personalidad. Yo afirmaba que el Christopher de Saigón y el de Kensington son dos personas distintas. Me parece una cuestión de hecho, pero Wystan lo pone en duda. La sensación de ser diferente en distintos lugares y con personas distintas tiene en mí una gran fuerza».¹⁶

Había llegado a una conclusión radical: «Cuanto más pienso en mí mismo, más me convengo de que, como persona, en realidad yo no existo. Esta es una de las razones por las que —por más que me sienta muy tentado— no consigo entregarme a ninguna religión ortodoxa. No consigo creer en mi alma. No, soy un compuesto químico, condicionado por el entorno y la educación. Mi “carácter” no es sino un repertorio de trucos adquiridos; mi conversación, un catálogo de adaptaciones y ecos. Mis sentimientos vienen dictados por estímulos puramente externos». Y acepta el riesgo de que esta identidad ambigua pueda ser vista como una chifladura: «La mayor parte de mis amigos me ve, según parece, como si fuera un diplomático, alguien astuto y a la vez divertido. Wystan cree que carezco totalmente de escrúpulos y que soy capaz de todo con tal de lograr mis planes». E, irónicamente, añade: «Hay mucho que decir acerca de mi voluntad».¹⁷

16 Christopher Isherwood, «Diario inédito», 20 de agosto de 1938.

17 Christopher Isherwood, «Diario inédito», 22 de agosto de 1938.

Tanto entonces como más tarde, Spender albergó dudas acerca de la trimurti «Yo-Issyvoo-Isherwood». Se le antojaba un subterfugio. Constituía «un signo típicamente inglés de insinceridad, consistente en admitir lo real para después restarle toda importancia con la ayuda del sentido del humor». Christopher respondió acomodaticiamente que «en el futuro arrinconaré a Isherwood. Siempre he querido hacerlo».¹⁸ Pero no lo conseguía, porque no era un artificio.

Me da la impresión de que la carrera de Isherwood con posterioridad a 1938 es el intento de resolver una extraña paradoja: ni el escritor ni sus personajes existen. Sin embargo, si dota a su autor imaginario de dos o tres puntos de vista, entonces puede emerger una verdad acerca de cada uno de estos. Sus diarios, pues, no son meras notas sobre cosas ocurridas. Aprehenden acontecimientos que centellean en el límite de la no existencia, y la situación se resuelve dotando a las personas de distintos puntos de vista. Estos datos, una vez confiados al papel, adquieren un peso mayor al del hecho ordinario. Los acontecimientos acumulados en el diario se convierten en una mina en la que el escritor Isherwood, armado con pico y pala, pasará años excavando. Decenios, en algunos casos.

Es posible que quienes estaban de la parte de lo observado bajo la mirada fría de Christopher tuvieran la sensación de estar siendo explotados. «Cuando yo vivía con él, Christopher era un manipulador con unos modales muy delicados», escribió Tony muchos años después, cuando se propuso empezar su autobiografía. «¿Dónde está el diario en el que escribíamos todos cuando vivíamos en Sintra? Nadie tiene el *copyright*: me gustaría verlo.

18 Peter Parker, *Isherwood*, Londres, Picador, 2004, p. 336.

Si no, lo reconstruiré, solo para que Christopher vea su talento de manipulador llevado a la máxima expresión. Esa vez fracasó. Stephen y yo escapamos y abandonamos a Christopher y Heinz a su suerte.»¹⁹

Entre Tony y Christopher también había tensiones debidas a la competencia entre Tony y Heinz. Pero ¿puede ser que también flirtearan? «Una vez Christopher le dijo con sarcasmo: “Si tú fueras mi chico...” . A lo que Tony respondió: “¡Gracias a Dios no lo soy!”».²⁰

Un año antes de Sintra, Stephen había tenido una historia con una mujer. Así se lo dijo a Christopher en una carta: «Fue más que una experiencia, con respecto al sexo con un hombre».²¹ Luego, dieciocho meses después, de repente un día se casó con su primera esposa, una mujer a la que había conocido pocas semanas antes. Mientras, Christopher y Tony se convertían en cómplices. Tuvieron una historia. «Ahora Christopher empezaba a encontrar fascinante la cara de Tony y se excitaba sobremanera con su cuerpo blanco y fuerte y sus espesos rizos entre morenos y pelirrojos.» En palabras de Christopher, esto era «una contramanifestación espontánea frente al matrimonio de Stephen».²²

Años más tarde, le pregunté a tío Humphrey si Christopher había expresado su desaprobación cuando Stephen entró en las

19 Tony Hyndman, «Sinopsis para una autobiografía no escrita», 23 de mayo de 1953, Archivo Stephen Spender, Londres.

20 Christopher Isherwood, *Lost Years. A Memoir, 1945-1951*, ed. de Catherine Bucknell, Nueva York, Harper Collins, 2000, p. 114.

21 Stephen Spender a Christopher Isherwood, 14 de septiembre de 1936; Isherwood, *Lost Years*, p. 168.

22 Christopher Isherwood, *Lost Years*, pp. 113-115 (y notas). Véase también (en clave más serena) *Kathleen & Christopher*, p. 237.

filas de los heteros. Con fina ironía me respondió: «Puede que pensara que se había bajado un poco los pantalones».

«Si igual afecto no podemos tener, / haz que sea yo quien sienta más amor.» La palabra clave en estos versos de Auden es «igual». Cualquier igualdad entre dos personas que viven juntas es problemática, pero cuando estas, además, son del mismo sexo, esto se vuelve especialmente difícil, puesto que no está en juego la diferencia entre lo masculino y lo femenino. A falta de una polaridad de género, hay que redefinirlo todo: clase, cultura, uso del lenguaje, gusto en lo literario, en la cocina, en el vestir; todo debe negociarse. Y la lucha por la igualdad dará siempre la medida del afecto.

Stephen comprendió esto cuando trató de analizar el último fracaso de su relación con Tony: «Tuvimos que salir al paso de las dificultades que enfrentan dos hombres cuando tratan de montar una casa juntos. Como son del mismo sexo, llegan a un punto en que lo saben todo del otro y, por tanto, parece imposible que la relación se desarrolle más allá. Y al ser imposible un desarrollo ulterior, lo único que pueden hacer es mantener su amistad en situación estática, y evitar el retroceso a un estado de ignorancia o indiferencia».²³ Las relaciones con el mismo sexo no funcionan porque se sabe demasiado. Son una trampa porque privan a la pareja de un reducto de incomprensión mutua que mantenga viva la relación.

Pero todo esto concierne a la vida futura de los tres autores. En Sintra, la situación era bastante sencilla: mucho trabajo, escritores jóvenes y ambiciosos, libido exuberante, *boys* más o menos serviles. En la última escena, mientras se dirigen al barco

23 Stephen Spender, *Un mundo dentro del mundo*, p. 260.

con el que pretenden huir de Sintra, Heinz intenta tranquilizar a Christopher diciéndole que no se deje alterar por la confusión circundante, a lo que el otro, molesto, responde: «Y tú, ¿por qué deberías, cuando todo el mundo lo hace todo por ti?». Tras la experiencia de Sintra, Isherwood pasó muchos años sin encontrar un compañero igual a Heinz. En el póstumo *Lost Years* revela, con pasmosa sinceridad, lo confusa que en ciertos momentos había sido su búsqueda personal. Con todo, se consideraba afortunado porque, al inicio de la mediana edad, había encontrado a un hombre con el cual, al fin, crear un «afecto igual».

AGRADECIMIENTOS

El editor expresa su más profunda gratitud por su colaboración a Don Bachardy, por el legado de Christopher Isherwood; Ed Mendelson, por el legado de W. H. Auden; Lizzie Spender, por el legado de Stephen Spender; Rachel Spender, por el legado de Humphrey Spender, y Julian Stern, por el legado de James Stern. Hemos hecho cuanto hemos podido por localizar a los herederos de Tony Hyndman, sin éxito.

Gracias a Fletcher, Charlotte McKillop-Mash y Judith Priestman, de la Biblioteca Bodleiana de Oxford.

Gracias asimismo a Lee Bartlett, Kate Bucknell, John Byrne, Peter y Monique Bryers, Lisa Colletta, Rita Croft de Moura, Lara Fagel, Clive y Emma Gilbert, Warwick Gould, Paul Keegan, Melosina Lenox-Conyngham, Paulo Lowndes Marques, Peter Parker, Robina Pelham-Burn, Edward Robbins, Philip Spender y John Sutherland.

Dani Monteiro, de la British Historical Society de Portugal. Natalie Russell, de la Biblioteca Henry E. Huntington de San Marino, California. Sally Brown, de la Biblioteca Británica. Leonardo Neri, de la biblioteca de la Universidad de Siena.

NOTA SOBRE EL TEXTO

El original del *Diario de Sintra* se quedó en manos de Isherwood. La presente versión deriva de dos fotocopias del manuscrito, una en el Archivo Stephen Spender de la Biblioteca Bodleiana de Oxford y la otra en la Biblioteca Huntington de California. Ninguna de las dos está completa, pero un dactiloscrito de la Huntington ha permitido recuperar mucho del material que faltaba.

Isherwood trabajó en el *Diario de Sintra* al menos en dos ocasiones, tanto sobre el manuscrito como sobre el dactiloscrito. La regla que los autores se habían impuesto era que los asientos del diario no pudieran ser corregidos y que se mantuvieran incluso los errores gramaticales. De aquí que en ocasiones los nombres de los personajes aparezcan con grafías vacilantes (como, por ejemplo, Ogilvie/Ogilvy) y que se haya decidido mantenerlos como en el texto original, sin uniformizar.¹ Esto podría relacionarse con la costumbre de Isherwood de recurrir a los diarios para su trabajo de creación. El material no dio pie a ninguna novela, pero algunos pasajes aparecen citados en *Christopher y su gente*.

El diario común va del 12 de diciembre de 1935 al 5 de febrero de 1936. He tratado de presentar un texto lo más completo

1 La advertencia de Matthew Spender se refiere a la edición italiana del *Diario de Sintra*. En aras de la claridad, en la traducción castellana se han uniformizado la mayoría de estas inconsistencias. Salvo esta, todas las notas son las que aparecen en la traducción italiana de Luca Scarlini. (*N. del T.*)

posible, con la excepción de dos párrafos que repetían situaciones ya relatadas en otras partes del texto. Las páginas de Isherwood llaman la atención por la ausencia de correcciones, y en este caso mi labor se ha limitado a revisar la puntuación. Las páginas de Stephen tampoco son perfectas, pero tampoco en su caso he introducido más que unos pocos cambios.

En el texto aparecen material epistolar y páginas de diario de personas que, aunque no forman parte del *Diario de Sintra* original, sí están relacionadas de un modo u otro con ese momento. Dichos textos iluminan elementos y detalles que en el manuscrito original resultan menos claros.

Stephen y Tony partieron para España el 15 de marzo, por lo que el resto de la historia de Sintra debe seguirse de manera oblicua. El diario de Humphrey Spender y las cartas de este a su esposa son fascinantes, aunque divagatorias, por lo que aquí y allá he realizado cortes que no aparecen consignados. Stephen escribió un buen número de cartas a Christopher desde España y Grecia, y pronto retomaron la amistad. Su parte de la correspondencia ha sido publicada en *Letters to Christopher*, en edición de Lee Bartlett. Las cartas de Christopher obran en el Archivo Stephen Spender, que hoy se encuentra en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. He incluido solamente los pasajes referentes a Sintra, lo cual no deja de ser una lástima, dado que todo el epistolario es fascinante.

Diario de Sintra

STEPHEN SPENDER

Diario común - 12 de diciembre de 1935

Jueves, salimos de Bruselas con destino a Amberes. Gerald ha ido a despedirse de nosotros, llevaba un abrigo grueso ribeteado con piel y un cuello de mofeta en el que hundía su cara sin mentón, con los labios carnosos y la nariz chafada. No llevaba joyas, pero, en cuanto ha entrado, la habitación se ha llenado de un olor a perfume y yo he preguntado: «¿Qué señora perfumada ha estado aquí?». «Soy yo», ha respondido ligeramente enfadado. Todos le hemos dado un beso de despedida.

En Amberes hemos visto el Rubens de la catedral. Hemos comprado varias cosas, gorros para todos y guantes para Tony. El pelo debe de darnos cierto aire «deportivo», porque, mientras almorzábamos, un alemán ha creído que éramos seguidores de un equipo de fútbol que se dirigía a Lisboa. Entonces, con mucho tacto nos hemos puesto a hablar del partido Alemania-Inglaterra.

El barco es muy viejo y va muy despacio. Los camarotes no están mal, pero son asfixiantes y no corre el aire. Hay dos salas comunes: un salón muy decorativo con un piano de cola de teclas amarillentas, y la otra, una sala de estilo Tudor con cinco ventiladores eléctricos enormes que cuelgan del techo como si fueran vampiros. Aquí es donde leemos o escribimos. En la otra sala, Tony aporrea el piano y Heinz canta.

A la hora de comer nos sentamos en una mesa en cuya cabeza se sienta el médico de a bordo, un hombre de cara larga y melancólica y severos ojos negros, de un romanticismo acentuado por las patillas. La chusma podría hacer de comparsa en cualquier película ambientada en México, la India, la Antigüedad, el mundo futuro o el infierno. La estrella es el jefe de sala, un tipo guapísimo con un aire sofisticado de éxito fácil en torno a las fosas nasales, ojos verdes como relámpagos, pelo claro y labios risueños que dejan a la vista unos dientes sanos. En el cuello lleva un fular que se mete por dentro del uniforme: le quedará aún mejor cuando se lo ponga con un uniforme blanco. Algunos de los mozos del puente parecen esquimales y llevan sandalias de piel sin tacón y capuchas de lana, tienen la nariz chata y los ojos estrábicos. Los marineros, con el cabello negro al viento, nariz aguileña, labios sensuales y cuerpo bronceado, son más románticos. El cocinero parece salido de Somerset Maugham, tiene unas facciones hinchadas y marcadas por la sífilis que no hacen venir nada de apetito.

El pequeño cura que se sienta a mi lado durante las comidas lleva hoy un corazón de Jesús prendido al hábito talar. Se trata de un alemán pequeño y simpático de pelo corto, muy a juego con sus rasgos. Odia a los nazis y acaba de regresar de una visita por Alemania. Es muy, pero que muy indiscreto y enseguida me ha dicho que el médico de a bordo no ha sido muy amable y que se había comportado de modo brutal con algunas pasajeras que habían enfermado durante el viaje de ida. El médico le va muy bien a la compañía (ha añadido el padre), porque le confiere al barco cierto aire de higiene del que de lo contrario carecería; con todo, se hace difícil quejarse de los platos a base de cerdo y caldo de verduras cuando se ve al médico que toma el menú y lo firma

(antes de haber comido). Por lo visto, durante el viaje de ida se negó a proporcionar medicación a las personas enfermas, de modo que siguieron enfermas y le ahorraron a la compañía el monto de los platos que en caso contrario se habrían comido.

Hay una familia alemana de colonos nazis con una niña. También una mujer gorda de unos cincuenta años que viene de Irlanda del Norte, aunque es medio holandesa y habla varios idiomas y se ha prendado de Tony. Cuando yo iba por el pasillo, ha salido de su camarote en camisón y con el pelo rizado con unas cintitas azules; estaba muy agitada y ha dicho: «Por favor, ¿podría decirme cómo se abren los cajones?». He entrado en su camarote y he abierto todos los cajones que he encontrado. Los del fondo tenían el borde de cinc y estaban llenos de serrín. «¿Para qué sirven?», ha preguntado muy nerviosa. «Para vomitar en ellos», se me ha ocurrido. «Claro —ha dicho—. Por favor perdone que le haga tantas preguntas, pero la situación es un desastre, no hay ninguna mujer del personal a quien preguntarle. ¿Sabría decirme dónde puedo encontrar un baño?» Le he dicho que no lo sabía, pero que iría a buscar a un camarero.

CHRISTOPHER ISHERWOOD

Diario común - Jueves, 12 de diciembre, 21.00 h.

Astringente tedio gris-ostra de una jornada transcurrida íntegramente en el mar. Estamos a la altura de El Havre. El día ha estado dominado por una robusta señora anglobelga con papada de sapo sujeta con un collar de joyas.

—Seguro que Río le gustaría, tiene que verla. Si tiene usted arte, es decir, si tiene corazón... En fin, arte y corazón, ambas cosas... la naturaleza tiene que hablarle por fuerza.¹

Sin embargo, luego se ha quedado turbada al oír que Tony decía que no le gusta la familia real: lo ha conminado a salir del gimnasio:

—¡Desaparezca ahora mismo de mi vista!

En el gimnasio hay dos máquinas de remo y un potro eléctrico. Stephen ha sido incapaz de mantenerse a caballo sin agarrarse a la silla. Luego hemos ido al salón de las mujeres y Tony ha tocado el piano:

*And the cares that hang out around me through the week
Seem to vanish like a gambler's lucky streak.²*

Isherwood le ha preguntado a Spender en qué estaba pensando.

—En lo de la «racha de suerte». Si lo hubiera escrito yo, pensaba, lo habría convertido en algo impresionante y tremendo. Qué aburrimiento, pensaba, no ser capaz más que de describir las cosas de manera tremenda.

Entretanto, he tenido una conversación con madame Roux, anglobelga, a propósito de su vida pasada. Durante la guerra recopiló testimonios de las atrocidades alemanas y reclutó a jóvenes refugiados para el ejército belga. Un día conoció al príncipe de Gales, y este le dijo: «Sé que es usted la madre de todos los belgas», y ella respondió: «Hago lo que puedo».

1 En el original en inglés hay un juego de palabras entre *heart* (corazón), *earth* (tierra) y *art* (arte).

2 «Y las cuitas que durante la semana me acosan / parecen desvanecerse como la racha de suerte del jugador», de «Cheek to Cheek», letra y música de Irving Berlin (1888-1989) para la película *Sombrero de copa* (1935).

—Tengo un nieto —ha continuado— que se sienta a hablar con los intelectuales hasta que delira. Se levanta a las tres de la noche para escuchar música. No hay cosa que lo pare. Es un muchacho increíble.

Me ha preguntado cuántos años creía que tenía, y yo, cortésmente, me he aventurado a decir cincuenta y cinco.

—¡Es usted un encanto! ¡Tengo sesenta y siete años! Le debo un cigarrillo por esto.

Revigorizada, se ha ido a su camarote y ha vuelto con los labios pintados y una boina escocesa de color blanco en la cabeza.

Le he dicho:

—La niebla no deja ver nada.

—Bueno —ha dicho ella riéndose, socarrona—, ¡yo a usted sí que lo veo!

Al llegar la hora de la cena ya nos habíamos acostumbrado bastante a ella. Hemos comido corazones de palma. La orquesta tocaba *Poeta y aldeano* con un vigor que lo excusaba a uno de toda conversación. Hemos comido con horas de retraso, pero nadie le ha dado la menor importancia. Madame Roux ha señalado su celebrada similitud con Marie Dressler. Conversación sobre política y whisky en el salón común.

TONY HYNDMAN

Diario común - Viernes, 13 de diciembre

Anoche, hacia las diez, el capitán, que había subido a bordo ocho horas antes, estaba lo bastante sobrio como para conducir el barco hasta El Havre. Christopher, Heinz y Stephen